

que tenia en depósito, y de haber corrompido algunas vírgenes; y cristianos dignos de toda fé le acusaban hasta de adulterio, y estaban prontos á dar las pruebas de su acusacion.

El sacerdote Novato, que habia sido el primero que causó el mal, separando de su prelado á Felicísimo y haciéndole ordenar clandestinamente de diácono, era todavía peor que este desgraciado; pues á los vicios del espíritu reunia la avaricia y las violencias mas execrables. Acusábasele de haber despojado á los huérfanos, á las viudas y hasta á las mismas iglesias, y de haber dejado perecer de hambre á su propio padre, sin dar siquiera disposicion alguna para enterrarle. Nadie ignoraba (pues tanta sensacion habia causado este primer escándalo) que siendo casado habia maltratado tan ferozmente á su esposa en un embarazo, que la criatura habia perecido en el seno de su madre. En una palabra, de todas partes se levantaba contra él un grito general: los fieles pedian unánimemente un castigo ejemplar por crímenes tan inauditos en un sacerdote, é iba á ser depuesto ó quizás escomulgado, cuando los disturbios de la persecucion le dieron treguas, y él se anticipó á su condenacion, que solo se habia diferido, separándose é incitando á los demas á separarse del legítimo pastor. No contento este sobornador é intrigante con haber turbado la paz de la Iglesia en Africa, partió despues para Roma, en donde no tardó en adquirir relaciones y amistades; pues como no tenia mas objeto que hacerse estimar, todos los medios le eran indiferentes. En Cartago habia sostenido á la faccion de Felicísimo, que concedia la comunión á los apóstatas sin obligarlos á nin-

guna penitencia, y en Roma apoyaba á Novaciano, que los desechara á todos con una dureza capaz de desesperarlos. Este fué el origen del primer cisma que alzó osadamente la cabeza contra la unidad de la Iglesia Romana.

Mas antes de hablar de esta escandalosa division, no olvidemos que durante el siglo III estaban los judíos dispersos por toda la redondez de la tierra, y así los cristianos hallaron por do quiera terribles contradicciones é implacables enemigos. Los reinados de Severo y de Caracalla fueron favorables á la nacion Judáica, la cual consiguió entonces varios privilegios. Helio-gábalo, Alejandro y otros muchos emperadores toleraron á los judíos, estos se multiplicaron, y la tranquilidad de que habian gozado les permitió establecer algunas escuelas y cultivar las ciencias: la mas famosa de estas escuelas fué la de Tiburias, y tambien en Babilonia tuvieron algunos célebres doctores. Mas por otra parte el cristianismo no estaba limitado al Imperio romano, porque muchos cristianos celosos lo esparcieron por las naciones bárbaras, con las que el Imperio romano habia abierto su comercio; y algunas veces los ejércitos enemigos apresaron varios esclavos, entre los que se encontraron muchos cristianos, que á pesar del enjambre de novadores que infestaban la Iglesia, llevaron á lo interior de aquellos pueblos el ejemplo de las virtudes mas sublimes y la brillante luz del Evangelio (a).

(a) Henrion ha suprimido todo este último párrafo de Berault-Bercastel; pero no nos ha parecido conveniente suprimirlo. (N. del E.)

LIBRO QUINTO.

Desde el principio del cisma de los Novacianos en el año 251, hasta el imperio de Diocleciano en el de 281.

El clero de la Iglesia Romana, privado de Pontifice desde el año 250, se componia de cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos y siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, y cincuenta y dos entre exorcistas, lectores y ostiarios ó porteros. Con el intento de minorar el fuego de la persecucion se tardó cerca de año y medio en proveer la primera dignidad de la Iglesia. Mas no obstante esta multitud de subalternos, todos ó casi todos de conocido verdadero mérito, se observó sin embargo que el inconveniente mayor y el mayor peligro consistia en estar por mas tiempo sin una cabeza que gobernase. Por tanto, se deliberó pasar á la eleccion; y en el dia 4 de junio del año 251 el pueblo y el clero con diez y seis obispos que se hallaban en Roma, dos de ellos africanos, eligieron á Cornelio, que fué consagrado al momento. La virtud y la ciencia fueron los únicos escalones por donde ascendió á aquel eminente lugar; y aun practicó las mayores diligencias para no ocuparlo, creyéndose por una modestia y un desprendimiento ejemplares incapáz de llevar una carga tan pesada. Mas cuanto mayor fué su resistencia, tanto mas digno se le juzgó de lo que no apetecia; y como era nacido en Roma y habia ido pasando sucesivamente por todos los puestos de la Iglesia, le conocian perfectamente los que le habian elegido. Novacia-

no fué el único que se declaró contra la eleccion, movido de una ambicion que no tenia límites, aunque la sabia ocultar con destreza, y escitado por las sugestiones del turbulento Novato. El ambicioso Novaciano gozaba justamente de una grande reputacion de elocuente y de docto, y no fué difícil á su adulador persuadirle que era manifesta la injusticia que se habia cometido contra él no eligiéndole. Al fin, estos dos malos sacerdotes, aunándose en sentimientos é intereses, comenzaron á sembrar las mas atroces calumnias contra Cornelio, para hacerle odioso á todo el mundo; y las colorearon con tal artificio que sorprendieron á un gran número de confesores, cuya autoridad era mirada como sagrada entre los cristianos. San Cipriano y los obispos de Africa, luego que recibieron la primera noticia de estas disensiones, enviaron á Roma dos de sus compañeros llamados Caldoneo y Fortunato, con encargo de si no podian componer tan triste desavenencia, que tomasen un exacto conocimiento de ella, y se instruyesen á fondo en el derecho respectivo de las partes, para que segun sus informes pudiera tomarse la resolucion mas conveniente. Pero la ambicion y artificios de Novaciano hicieron ilusorias todas estas tentativas; habia protestado siempre, y aun con juramento, que huia del episcopado; mas habia por otra parte

poderosos motivos para no dudar que aquellas fingidas declaraciones encubrían, como es muy comun, mayores deseos de llegar á él. Además, bajo todos conceptos debía ser escluido de tan eminente dignidad; porque aunque le habian ordenado sacerdote, únicamente mereció esta distincion por las repetidas instancias de un obispo que le estimaba ciegamente, pues era neófito cuando le ordenaron; habia tambien estado endemoniado, permanecido mucho tiempo en el estado de catecúmeno, y mostrado siempre pocos deseos de recibir el bautismo. Antes de convertirse era un filósofo encaprichado en los errores de los estóicos, los cuales jamás abjuró enteramente. Cuando sobrevino la persecucion, no se atrevia á presentarse para hacer alguna buena obra; y como en una ocasion le instasen á que fuese á socorrer á los confesores, contestó de un modo insensato y escandaloso que no queria ser sacerdote y que preferia el estado de filósofo. Tal fué el rival de San Cornelio, y el primero de los antipapas. Véamos la marcha que siguió.

Hizo venir á Roma tres obispos italianos, hombres sencillos y sin mundo, asegurándoles que solo ellos podian poner término á las divisiones de la Iglesia. Estos hombres, de menos que mediano talento, se creyeron á sí mismos hombres importantes y necesarios, y demostraron, como tantos otros, que aquellos que mas fácilmente se dejan seducir por los elogios lisongeros, son los que menos los merecen. Así que llegaron, y con el pretexto de recibirlos debidamente, los alojó Novaciano en una casa en donde los tuvo como prisioneros: instáronles á que se sentasen inmediatamente á la mesa, se les sirvió una gran comida, y los celadores que les habian puesto tenian encargo particular de hacerles beber cuanto pudiesen. El espediente surtió sin gran dificultad el efecto que se apetecia; y cuando Novaciano supo que

estaban embriagados, se presentó á ellos á las cuatro de la tarde y les persuadió que la Silla pontifical estaba vacante, á pesar de la eleccion de Cornelio, que él decia haber sido defectuosa, é hizo que le ordenasen á él en su puesto. Arrepintiéndose luego de su pecado uno de aquellos obispos, y lo confesó anegado en lágrimas, por lo cual el legítimo Pontífice le otorgó la comunión á ruego del pueblo, mas únicamente la comunión lega y poniéndose otro obispo en su silla, siendo depuestos de un modo mas vergonzoso los otros dos.

El antipapa usó de su dignidad del mismo modo que la habia adquirido. Todo fué impiedades y violencias, ya para atraerse partidarios, ya para conservar los que adquiria. Les obligaba á que le jurasen fidelidad por la sagrada Eucaristía en el acto mismo de distribuirla, y tomándoles á cada uno ambas manos les decia en lugar de las oraciones de costumbre: *prometeme por el cuerpo y sangre de Jesucristo, que nunca me dejareis para volveros de parte de Cornelio*; y no les soltaba las manos ni les daba el sagrado pan hasta que en vez de *amen* decían: *no volveré á Cornelio*. Esta era la fórmula sacrilega de aquella recluta cismática. Escribió sin embargo Novaciano á los obispos de las Sillas principales, para participarles su exaltacion, sin olvidarse de divulgar que se le habia hecho violencia en ensalzarle á la Santa Sede, y de denigrar con las mas atroces calumnias al legítimo Pontífice.

Imposible parece que una trama tan grosera fuese capaz de seducir á algunos; mas lo que sorprendia la conciencia y recto modo de pensar de los fieles, era el testimonio de los confesores de la fé, que aquel diestro usurpador hacia escribiesen con él, pues nadie creia poder errar bajo la palabra de los mártires. Cundia el mal por todas las iglesias, y fué necesario que los

doctores de primer orden descubriesen el engaño con la superioridad de sus conocimientos.

San Dionisio de Alejandria respondió al intruso (1), que de ningun modo mejor podia hacer creer á todos que habia sido elegido á pesar suyo, que abdicando por el bien de la paz; que por un motivo tan noble, como lo era la unidad de la Iglesia, debiera haber resistido á la violencia de sus partidarios, esponiéndose á cualquier cosa antes que multiplicar la Cátedra Apostólica; y que el martirio que se sufriese por esta causa hubiera sido tan meritorio en sí mismo y de mayor importancia en los resultados que si se sufriese por no sacrificar á los ídolos. Exhortábale por último á poner fin al escándalo, ó por lo menos á salvar su alma, si no podia ya enderezar las otras por el camino verdadero.

San Cipriano dejó su soledad y retiro luego que recibió las cartas de Novaciano; y como habia tenido la precaucion de enviar por sí á Roma á quien le instruyese en el particular, negó la comunión, de acuerdo con los obispos de su provincia, á los enviados del antipapa, pues á la sazón se estaba celebrando en Cartago un Concilio para restablecer el vigor de la disciplina, que no pudo menos de decaer en las últimas persecuciones. Los enviados cismáticos querian ser oídos á la fuerza, y metian mucho ruido con los capítulos de acusacion contra el Papa Cornelio que decian se obligaban á probar; mas todos los prelados juzgaron unánimemente que era injusto y denigrativo al episcopado dar oídos á lo que no podia ya tenerse sino por un libelo infamatorio y escandaloso, despues de una eleccion tan legítimamente confirmada. En este mismo Concilio se examinó lo concerniente al

cisma de Felicísimo y de sus adherentes, los cuales fueron excomulgados. Tratóse de nuevo de la reconciliacion de los apóstatas, y sobre este punto fueron diversas las opiniones de los Padres, pues unos se inclinaban mucho á la indulgencia y otros al rigor, y todos alegaban á favor suyo las Escrituras Sagradas. Por fin, determinóse no sujetarse precisamente á los términos generales de la cuestion, sino descender al pormenor y exámen de las causas y de todas las circunstancias de las varias caídas, de los grados de voluntad y de escándalo que en ellas se descubriesen, como tambien de las disposiciones y necesidades de cada uno de los delinquentes. Se formaron varios artículos ó cánones que se enviaron á Roma, y estos los que despues fueron llamados *penitenciales*, y que durante mucho tiempo sirvieron de regla en la Iglesia para la reconciliacion de los pecadores. Escribió últimamente San Cipriano en su nombre al Papa San Cornelio y á los confesores que se habian dejado seducir por Novaciano; pero previniendo al conductor de estas últimas cartas no las entregasen á los sujetos á quienes se dirigian hasta que las hubiese leído el Soberano Pontífice y diese su permiso para entregarlas.

Sin la menor dilacion juntó Cornelio sesenta obispos y mayor número de sacerdotes y de diáconos, y de acuerdo de esta asamblea fueron confirmados los reglamentos de Cartago relativos á la penitencia de los apóstatas, especialmente el cánon que mandaba se volviesen á recibir los obispos luego que hubiesen hecho penitencia, pero en la clase de legos solamente. Fueron tambien condenados Novaciano, su cisma y sus heréticas pretensiones, pues sostenia generalmente que la Iglesia no tenia facultad de conceder la paz á los que habian caído mientras las persecuciones y que no podian per-

(1) Hieron. de Script. Eccles. in Dionys. B. del C., tomo XVI. — III. — HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo I.

mitirse las segundas nupcias. Escribió el Papa á las iglesias, comunicándolas lo que se habia resuelto en su Concilio; y en su Epístola á Fabian, obispo de Antioquia, que mostraba cierta propension al partido cismático, se detenía particularmente en hacer ver que todas las iglesias de Italia y de Africa eran de un mismo sentir, preservando de la seducción esta vigilancia pontificia al patriarca y á todas las iglesias de Oriente. Y aun llegó á celebrarse en Antioquia, en tiempo del sucesor de Fabian, un Concilio compuesto de varios obispos de Capadocia y Asia, además de los de Siria, en el que se condenó á los novacianos.

Dionisio, obispo de Alejandría, á quien el Soberano Pontífice hizo saber las decisiones de su Concilio romano, publicó una excelente instruccion sobre la penitencia, en la que, penetrado enteramente del espíritu del Concilio, no se contentó con afirmar á su pueblo en los principios católicos, sino que prescribió ciertas reglas de perfeccion para las almas mas fervorosas. Su celo contra el cisma sirvió de mucho á otras varias iglesias, particularmente á la de Antioquia.

Novaciano, viéndose tan humillado de parte de Roma, hizo en Africa otra nueva tentativa enviando allá al famoso Novato, acompañado de otros cismáticos; pero San Cornelio avisó al punto á San Cipriano esta novedad. Los alborotos parecían seguir los pasos del perturbador; así es, que salieron de Roma con él, ó por lo menos el mayor escándalo cesó inmediatamente en la ciudad. Los confesores volvieron á entrar presurosos en el seno de la unidad, y se averiguó y comprobó que el calumniador los habia comprometido fraudulentamente y que ignoraban todo el contenido de las cartas denigrativas divulgadas bajo sus nombres contra el santo Papa Cornelio. Recibióseles con una sincera alegría, y los sacerdotes

fueron restablecidos en sus puestos; todo lo cual notició inmediatamente el Soberano Pontífice al obispo de Cartago.

Pero mientras todo era júbilo y alegría por ver asegurada en la Iglesia una porcion tan distinguida del rebaño de Jesucristo, el santo primado de Africa tuvo ocasion de ejercitar su celo con motivo de la débil credulidad de Antoniano, aquel obispo de Numidia, de quien ya hemos hecho mencion, y al que faltó poco para que lo metiese en el cisma una artificiosa carta de Novaciano. Dábase á entender en ella á aquel prelado que el Soberano Pontífice comunicaba con los apóstatas, porque habia concedido la paz al obispo Trófimo, convencido, segun decian con verdad, de haber ofrecido incienso á los ídolos; pero no se añadía que Trófimo quedaba privado de la dignidad episcopal, aunque por medio de una penitencia de las mas rigurosas hubiese vuelto á la Iglesia el rebaño que antes habia descarriado con su escándalo. El santo doctor, para mas persuadir á Antoniano, hizole ver con especialidad que si se daba la paz á los que habian manifestado arrepentimiento antes de la enfermedad, no era por un espíritu de relajacion ó demasiada condescendencia, ya que se observaba una conducta muy diferente con los pecadores que no comenzaban á pedir la paz hasta que estaban enfermos y que era presumible lo hacian mas por temor de la muerte que por dolor de sus culpas. Tal era la reserva que se creía deber guardar en aquellas tan críticas circunstancias.

Con el tiempo se disminuyó el peligro de escándalo, y no debiendo ya ser igual el rigor en reprimirlo, la disciplina varió sobre este punto con las circunstancias. Por esta razon el Concilio cuarto de Cartago prescribió otros cánones aún mas suaves, y mandó formalmente se admitiese á la pe-

nitencia al pecador bien dispuesto que lo pidiese en caso de enfermedad; y si hubiese temor de que muriese al punto, se le reconciliase por medio de la imposicion de las manos, y se le administrase la Eucaristia; y el Concilio que estableciendo acerca de esto un cánón que está conforme con la práctica comun, previene que lo dicho tendrá lugar respecto á la reconciliacion, aunque el que haya pedido la penitencia perdiese el uso de la palabra por la violencia de la enfermedad, ó quedase demente antes de llegar el sacerdote, con tal que este tenga testimonios de la buena disposicion del enfermo.

Convenció al fin al obispo Antoniano su ilustre primado, de que la dureza de Novaciano para con los pecadores, á los que privaba de toda esperanza, rayaba en heregia é impiedad, y que esta dureza de aquel sofista mal convertido era un rastro de la filosofia pagana, ó de aquella perniciosa máxima de los estóicos, segun la cual todos los pecados son iguales y el sábio es incapaz de arrepentimiento.

Con este motivo compuso San Cipriano su tratado sobre la Unidad de la Iglesia, y el de los lapsos ó caidos, esto es, de los fieles que habian apostatado durante la persecucion, acerca de lo cual nos enseña que la confesion de los pecados ocultos é internos estaba ya en uso en su tiempo, y aun antes del ejemplo de los que se confesaban de solo el pensamiento que habian tenido de sacrificar á los ídolos ó de tomar cédulas de seguridad. Ambos tratados los remitió á los confesores de Roma que habian dejado el partido de Novaciano; y se los remitió como un medio el mas á propósito para quitar de raiz enteramente todas sus preocupaciones. Éralo especialmente el tratado de la Unidad de la Iglesia, en el que se hallan reunidos y muy ensalzados por el obispo de una de las mayores sillas los privilegios y las prue-

bas de la primacia de la Silla apostólica. Cuando en el tratado de los Caidos manifiesta el Santo obispo tanta dulzura é indulgencia para con los pecadores, no deja de mostrar horror á su apostasia y á la injuria que con ella se hace al misterio de la Redencion; acerca de lo cual cuenta un gran número de castigos milagrosos de que tenia particular conocimiento.

Inclinábase sin embargo la balanza cada dia mas al lado de la condescendencia; temíase otra nueva persecucion; los obispos que llegaban á Cartago para celebrar un segundo Concilio, hablaban mucho de revelaciones y visiones concernientes al nuevo asalto que amagaba á la Iglesia, y lo hacian con aquel carácter de autoridad que una eminente santidad daba á la prediccion. Creyóse pues á propósito fortificar y precaver con todas las armas espirituales y sostener sin pérdida de tiempo con la Eucaristia á los fieles verdaderamente penitentes, que hasta entonces no estaban reconciliados. Se habia dictado en el primer Concilio un reglamento provisional, que no permitia darles la paz sino en peligro de muerte; pero este otro, que llamaron *perentorio*, prescribia que se les diese ó inmediatamente ó luego despues de cierto término fijado con prudente indulgencia, sobre lo cual se escribió al Soberano Pontífice una Epístola sinodal, que firmaron cuarenta y dos obispos.

Privato, antiguo obispo depuesto, vino á presentarse á este Concilio con el intento de justificarse con algunos otros prelados condenados por causa de apostasia ú otros delitos; mas como no se les quiso admitir, ellos en despique ordenaron un falso obispo de Cartago, esto es, á Fortunato, uno de los fautores de Felicísimo, condenado ya con él y con Novato. Inmediatamente despues de la ordenacion, púsose Felicísimo en camino para Roma con el fin de alcanzar por